lugares, habiéndose quedado Catella con pocas allí donde Ricciardo estaba, dejó caer Ricciardo mirándola a ella una alusión a cierto amor de Filippello, su marido, por lo que ella sintió súbitos celos y por dentro comenzó toda a arder en deseos de saber lo que Ricciardo quería decir. Y luego de contenerse un poco, no pudiendo más contenerse, rogó a Ricciardo que, por el amor de la señora a quien él más amaba, le pluguiese aclararle lo que dicho había de Filippello. El cual le dijo:

–Me habéis conjurado por alguien por quien no os oso negar nada que me pidáis, y por ello estoy pronto a decíroslo, mientras me prometáis que ni una palabra diréis a él ni a otro, sino cuando veáis por los hechos que es verdad lo que voy a contaros, que si lo queréis os enseñaré cómo podéis verlo.

A la señora le agradó lo que le pedía, y más creyó que era verdad, y le juró no decirlo nunca. Retirados, pues, aparte, para no ser oídos por los demás, Ricciardo comenzó a decirle así:

–Señora, si yo os amase como os amé, no osaría deciros nada que creyese que iba a doleros, pero porque aquel amor ha pasado me cuidaré menos de deciros la verdad de todo. No sé si Filippello alguna vez tomó a ultraje el amor que yo os tenía, o si ha tenido el pensamiento de que alguna vez fui amado por vos, pero haya sido esto o no, a mí nunca me demostró nada. Pero tal vez esperando el momento oportuno en que ha creído que yo menos sospechaba, muestra querer hacerme a mí lo que me temo que piensa que le haya hecho yo, es decir, querer tener a mi mujer para placer suyo, y a lo que me parece la ha solicitado desde hace no mucho tiempo hasta ahora con muchas embajadas, que todas he sabido por ella, y ella le ha dado respuesta según yo lo he ordenado. Pero esta mañana, antes de venir aquí, encontré con mi mujer en casa a una mujer en secreto conciliábulo, que enseguida me pareció que fuese lo que era; por lo que llamé a mi mujer y le pregunté qué quería aquélla. Me dijo: «Es ese aguijón de Filippello, al que con ese darle respuestas y esperanzas tú me has echado encima, y dice que del todo quiere saber lo que entiendo hacer, y que, si yo quisiera, haría que yo pudiera ir secretamente a una casa de baños de esta ciudad y con esto me ruega y me cansa, y si no fuese porque me has hecho, no sé por qué, tener estos tratos, me lo habría quitado de encima de tal manera que jamás habría puesto los ojos donde yo hubiera estado». Ahora me parece que ha ido demasiado lejos y que ya no se le puede sufrir más, y decíroslo para que conozcáis qué recompensa recibe vuestra fiel lealtad por la que yo estuve a punto de morir. Y para que no creáis que son cuentos y fábulas, sino que podáis, si os dan ganas de ello, abiertamente verlo y tocarlo, hice que mi mujer diese a aquella que esperaba esta respuesta: que estaba pronta a estar mañana hacia nona, cuando la gente duerme, en esa casa de baños, con lo que la mujer se fue contentísima. Ahora, no creo que creáis que iba a mandarla allí, pero si yo estuviese en vuestro lugar haría que él me encontrase allí en lugar de aquella con quien piensa encontrarse, y cuando hubiera estado un tanto con él, le haría ver con quién había estado, y el honor que le conviene se lo haría; y haciendo esto creo que se le pondría en tanta vergüenza que en el mismo punto la injuria que a vos y a mí quiere hacer sería vengada.

Catella, al oír esto, sin tener en consideración quién era quien se lo decía ni sus engaños, según la costumbre de los celosos, dio súbitamente fe a aquellas palabras, y ciertas cosas pasadas antes comenzó a encajar con este hecho; y encendiéndose con súbita ira, repuso que ciertamente ella haría aquello, que no era tan gran trabajo hacerlo y que

ciertamente si él iba allí le haría pasar tal vergüenza que siempre que viera a alguna mujer después se le vendría a la memoria. Ricciardo, contento con esto y pareciéndole que su invento había sido bueno y daba resultado, con otras muchas palabras la confirmó en ello y acrecentó su credulidad, rogándole, no obstante, que no dijese jamás que se lo había dicho él; lo que ella le prometió por su honor.

A la mañana siguiente, Ricciardo se fue a una buena mujer que dirigía aquellos baños que le había dicho a Catella, y le dijo lo que entendía hacer, y le rogó que en aquello le ayudase cuanto pudiera. La buena mujer, que muy obligada le estaba, le dijo que lo haría de grado, y con él concertó lo que había de hacer o decir. Tenía ésta, en la casa donde estaban los baños, una alcoba muy oscura, como que en ella ninguna ventana por la que entrase la luz había. Aquélla, según las indicaciones de Ricciardo, preparó la buena mujer e hizo dentro una cama lo mejor que pudo, en la que Ricciardo, como lo había planeado, se metió y se puso a esperar a Catella.

La señora, oídas las palabras de Ricciardo y habiéndoles dado más fe de lo que merecían, llena de indignación, volvió por la noche a casa, adonde por acaso Filippello embebido en otro pensamiento también volvió y no le hizo tal vez la acogida que acostumbraba a hacerle. Lo que, viéndolo ella, tuvo mayores sospechas de las que tenía, diciéndose a sí misma: «En verdad, éste tiene el ánimo puesto en la mujer con quien mañana cree que va a darse placer y gusto, pero ciertamente esto no sucederá.»

Y con tal pensamiento, e imaginando qué debía decirle cuando hubiera estado con él, pasó toda la noche. Pero ¿a qué más? Venida nona, Catella tomó su compañía y sin mudar de propósito se fue a aquellos baños que Ricciardo le había enseñado; y encontrando allí a la buena mujer le preguntó si Filippello había estado allí aquel día. A lo que la buena mujer, adoctrinada por Ricciardo, dijo:

–¿Sois la señora que debe venir a hablar con él?

Respondió Catella:

–Sí soy.

–Pues –dijo la buena mujer–, andad con él.

Catella, que andaba buscando lo que no habría querido encontrar, haciéndose llevar a la alcoba donde estaba Ricciardo, con la cabeza cubierta entró en ella y cerró por dentro. Ricciardo, viéndola venir, alegre se puso en pie y recibiéndola en sus brazos dijo quedamente:

–¡Bienvenida sea el alma mía!

Catella, para mostrar que era otra de la que era, lo abrazó y lo besó y le hizo grandes fiestas sin decir una palabra, temiendo que si hablaba fuese por él reconocida. La alcoba era oscurísima, con lo que cada una de las partes estaba contenta; y no por estar allí mucho tiempo cobraban los ojos mayor poder. Ricciardo la condujo a la cama y allí, sin hablar para que no pudiese distinguirse la voz, por grandísimo espacio con mayor placer y deleite de una de las partes que de la otra estuvieron; pero luego de que a Catella le pareció tiempo de dejar salir la concebida indignación, encendida por ardiente ira, comenzó a hablar así:

–¡Ay!, ¡qué mísera es la fortuna de las mujeres y qué mal se emplea el amor de muchas en sus maridos! Yo, mísera de mí, hace ocho años ya que te amo más que a mi vida, y tú, corno lo he sentido, ardes todo y te consumes en el amor de una mujer extraña, hombre culpable y malvado. ¿Pues con quién te crees que has estado? Has estado con aquella que se ha acostado a tu lado durante ocho años; has estado con aquella a quien con falsas lisonjas has, tiempo ha, engañado mostrándole amor y estando enamorado de otra. Soy Catella, no soy la mujer de

Ricciardo, traidor desleal: escucha a ver si reconoces mi voz, que soy ella; y se me hacen mil años hasta que a la luz estemos para avergonzarte como lo mereces, perro asqueroso y deshonrado. ¡Ah, mísera de mí!, ¿a quién le he dedicado tanto amor tantos años? A este perro desleal que, creyéndose tener en brazos a una mujer extraña, me ha hecho más caricias y ternuras en este poco tiempo que he estado aquí con él que en todo el restante que he sido suya. ¡Hoy has estado gallardo, perro renegado, cuando en casa sueles mostrarte tan débil y cansado y sin fuerza! Pero alabado sea Dios que tu huerto has labrado, no el de otro, como te creías. No me maravilla que esta noche no te me acercases; esperabas descargar la carga en otra parte y querías llegar muy fresco caballero a la batalla: ¡pero gracias a Dios y mi artimaña, el agua por fin ha bajado por donde debía! ¿Por qué no contestas, hombre culpable? ¡Por Dios que no sé por qué no te meto los dedos en los ojos y te los saco! Te creíste que muy ocultamente podías hacer esta traición. ¡Por Dios, tanto sabe uno como otro; no has podido: mejores sabuesos te he tenido detrás de lo que creías!

Ricciardo gozaba para sí mismo con estas palabras y, sin responder nada la abrazaba y la besaba y más que nunca le hacía grandes caricias. Por lo que ella, que seguía hablando, decía:

–Sí, te crees que ahora me halagas con tus caricias fingidas, perro fastidioso, y me quieres tranquilizar y consolar; estás equivocado: nunca me consolaré de esto hasta que no te haya puesto en vergüenza en presencia de cuantos parientes y amigos y vecinos tenemos. ¿Pues no soy yo, malvado, tan hermosa como lo sea la mujer de Ricciardo Minútolo?, ¿no soy igual en nobleza a ella? ¿No dices nada, perro sarnoso? ¿Qué tiene ella más que yo? Apártate, no me toques, que por hoy ya bastante has combatido. Bien sé que ya, puesto que sabes quién soy, lo que hicieses lo harías a la fuerza: pero así Dios me dé su gracia como te haré pasar carencia, y no sé por qué no mando a por Ricciardo, que me ha amado más que a sí mismo y nunca pudo gloriarse de que lo mirase una vez; y no sé qué mal hubiera habido en hacerlo. Tú has creído tener aquí a su mujer y es como si la hubieras tenido, porque por ti no ha quedado; pues si yo lo tuviera a él no me lo podrías reprochar con razón.

Así, las palabras fueron muchas y la amargura de la señora grande; pero al final Ricciardo, pensando que si la dejaba irse con esta creencia a mucho mal podría dar lugar, deliberó descubrirse y sacarla del engaño en que estaba; y cogiéndola en brazos y apretándola bien, de modo que no pudiera irse, dijo:

–Alma mía dulce, no os enojéis; lo que con tan sólo amar no podía tener, Amor me ha enseñado a conseguir con engaño, y soy vuestro Ricciardo.

Lo que oyendo Catella, y conociéndolo en la voz, súbitamente quiso arrojarse de la cama, pero no pudo; entonces quiso gritar, pero Ricciardo le tapó la boca con una de las manos, y dijo:

–Señora, ya no puede ser que lo que ha sido no haya sido; aunque gritaseis durante todo el tiempo de vuestra vida, y si gritáis o de alguna manera hacéis que esto sea sabido alguna vez por alguien, sucederán dos cosas. La una será (que no poco debe importaros) que vuestro honor y vuestra fama se empañarán, porque aunque digáis que yo os he hecho venir aquí con engaños yo diré que no es verdad, sino que os he hecho venir aquí con dinero y presentes que os he prometido y que como no os los he dado tan cumplidamente como esperabais os habéis enojado, y por eso habláis y gritáis, y sabéis que la gente está más dispuesta a creer lo malo que lo bueno y me creerá antes a mí que a vos. Además de esto, se seguirá entre vuestro marido y yo una mortal enemistad y podrían ponerse las cosas de modo que o yo le matase a él antes o él a mí, por lo que nunca podríais estar después alegre ni contenta. Y por ello, corazón mío, no queráis en un mismo punto infa-



maros y poner en peligro y buscar pelea entre vuestro marido y yo. No sois la primera ni seréis la última que es engañada, y yo no os he engañado por quitaros nada vuestro sino por el excesivo amor que os tengo y estoy dispuesto siempre a teneros, y a ser vuestro humildísimo servidor. Y si hace mucho tiempo que yo y mis cosas y lo que puedo y valgo han sido vuestras y están a vuestro servicio, entiendo que lo sean más que nunca de aquí en adelante. Ahora, vos sois prudente en las otras cosas, y estoy cierto que también lo seréis en ésta.

Catella, mientras Ricciardo decía estas palabras, lloraba mucho, y aunque muy enojada estuviera y mucho se lamentase, no dejó de oír la razón en las verdaderas palabras de Ricciardo, que no conociese que era posible que sucediera lo que Ricciardo decía; por lo que dijo:

–Ricciardo, yo no sé cómo Dios me permitirá soportar la ofensa y el engaño que me has hecho. No quiero gritar aquí, donde mi simpleza y excesivos celos me han conducido, pero estate seguro de esto, de que no estaré nunca contenta si de un modo o de otro no me veo vengada de lo que me has hecho; por ello déjame, no me toques más; has tenido lo que has deseado y me has vejado cuanto te ha placido; tiempo es de que me dejes: déjame, te lo ruego.

Ricciardo, que se daba cuenta de que su ánimo estaba aún demasiado airado, se había propuesto no dejarla hasta conseguir que se calmara; por lo que, comenzando con dulcísimas palabras a ablandarla, tanto dijo, y tanto rogó y tanto juró que ella, vencida, hizo las paces con él, y con igual deseo de cada uno de ellos por gran espacio, después, con grandísimo deleite, se quedaron juntos.

Y conociendo entonces la señora cuánto más sabrosos eran los besos del amante que los del marido, transformada su dureza en dulce amor a Ricciardo, desde aquel día en adelante tiernísimamente lo amó y, prudentísimamente obrando, muchas veces gozaron de su amor. Que Dios nos haga gozar del nuestro.

El peregrino

Tedaldo, enojado con una amante suya, se va de Florencia; luego de pasado algún tiempo, regresa allí pero disfrazado de peregrino; habla con la dama, le hace reconocer su error y libra de la muerte a su marido, quien estaba acusado de haberle dado muerte a él, a todo esto lo reconcilia con los hermanos; y luego, discretamente, goza todo lo que desea con su amante.

Ya alabada por todos se calla Fiameta, cuando la reina, para no perder tiempo, prestamente a Emilia encomendó la narración; y ella empezó:

–A mí me place volver a nuestra ciudad, de donde a las dos anteriores quisieron apartarse, y contaros cómo un ciudadano nuestro reconquistó a su perdida señora. Hubo, pues, en Florencia, un noble joven cuyo nombre era Tedaldo de los Elisei, que enamorado sobremanera de una señora, llamada doña Ermelina y mujer de un Aldobrandino Palermini, por sus loables costumbres mereció disfrutar de su deseo; placer al cual la Fortuna, enemiga de los dichosos, se opuso; por lo cual, fuera cual fuese la razón, la señora, habiendo complacido a Tedaldo durante un tiempo, por completo se apartó de querer complacerlo y de querer no ya escuchar ninguna embajada suya, sino tampoco verle de manera ninguna. Por lo que él se dejó ir a una tristeza fiera y aborrecible, mas tenía de tal manera celado su amor que nadie creía que éste era la razón de su melancolía; y luego de que de diversas maneras se hubo ingeniado mucho en reconquistar el amor que sin culpa suya le parecía haber perdido, y encontrando vana toda fatiga, a alejarse del mundo (para no alegrar al verlo consumirse a aquella que de su mal era ocasión) se dispuso.

Y cogiendo los dineros que pudo conseguir, secretamente, sin decir palabra a amigo ni a pariente fuera de un compañero suyo que todo sabía, se fue y llegó hasta Ancona, haciéndose llamar Filippo de San Lodeccio, y trabando allí conocimiento con un rico mercader, entró a su servicio y en un barco junto con él se fue a Chipre. Sus costumbres y sus maneras agradaron tanto al mercader que no solamente le asignó un buen salario, sino que le hizo su socio en parte y además gran parte de sus negocios le puso entre las manos, los cuales llevó tan bien y con tanta solicitud que en pocos años se hizo bueno y rico mercader y famoso. En los cuales negocios, aunque muchas veces se acordase de la cruel señora y fieramente fuese de amor traspasado y mucho desease volver a verla, fue de tanta constancia que durante siete años venció aquella batalla. Pero sucedió que, oyendo un día en Chipre cantar una canción que hacía tiempo él había compuesto, en la que el amor que tenía a su señora y ella a él y el placer que de ella gozaba se contaba, pensando que no podía ser que ella le hubiera olvidado, en tanto deseo de volver a verla se inflamó que, no pudiendo sufrirlo más, se dispuso a volver a Florencia.

Y puestos en orden todos sus asuntos, se vino tan sólo con un sirviente suyo a Ancona, adonde habiendo llegado sus cosas, las mandó a Florencia a un amigo del anconés socio suyo, y él ocultamente, como un peregrino que viniera del Santo Sepulcro, con su criado se vino detrás; y llegados a Florencia, se fue a una posadita que dos hermanos tenían cerca de la casa de su señora. Y donde primero fue no fue a otra parte sino a la puerta de su casa por verla si podía; pero vio las ventanas y las puertas y todo cerrado, por lo que mucho temió que hubiera muerto o que se hubiese mudado de allí. Por lo que, muy pensativo, se fue a la casa de

sus hermanos, a quienes vio todos vestidos de negro, de lo que se maravilló mucho, y sabiéndose tan cambiado en el vestido y la persona de lo que ser solía cuando se fue de allí, que no podría ser reconocido fácilmente, confiadamente se acercó a un zapatero y le preguntó por qué aquéllos iban vestidos de negro. A lo que el zapatero respondió:

–Van vestidos de negro porque no hace quince días que un hermano suyo que hacía mucho tiempo que no estaba aquí, que tenía por nombre Tedaldo, fue muerto; y me parece entender que han probado a la justicia que uno que tiene por nombre Aldobrandino Palermini, que está preso, lo mató porque estaba enamorado de la mujer y había vuelto disfrazado para estar con ella.

Maravillóse mucho Tedaldo de que tanto se le asemejase alguno que fuese tomado por él y le dolió la desgracia de Aldobrandino, y habiendo oído que la señora estaba sana y salva, siendo ya de noche, lleno de diversos pensamientos, se volvió a la posada, y luego de que cenado hubo con su criado, en lo más alto de la casa fue puesto a dormir. Allí, tanto por los muchos pensamientos que le asaltaban como por la dureza de la cama y tal vez por la cena, que había sido escasa, ya era medianoche y todavía Tedaldo no había podido dormirse, por lo que, estando despierto, le pareció hacia la medianoche sentir que desde el tejado de la casa bajaba gente a la casa, y luego por las rendijas de la puerta de la cámara vio hacia allí venir una luz. Por lo que, calladamente acercándose a las rendijas, empezó a mirar qué significaba aquello y vio a una joven muy hermosa tener en mano esta luz y venir hacia ella tres hombres, que habían bajado del tejado, y luego de hacerse algunas fiestas unos a otros, dijo uno de ellos a la joven:

–Ya podemos, Dios sea loado, estar seguros, porque sabemos ciertamente que la muerte de Tedaldo Elisei ha sido achacada por sus hermanos a Aldobrandino Palermini, y él ha confesado y ya está escrita la sentencia, pero debemos seguir callando porque si alguna vez se sabe que hemos sido nosotros estaremos en el mismo peligro que está Aldobrandino.

Y dicho esto, con la mujer, que muy contenta se mostró con esto, bajaron y se fueron a dormir.

Tedaldo, oído esto, empezó a considerar cuántos y cuáles eran los errores en que podía caer la mente de los hombres, pensando primero en sus hermanos, que a un extraño habían llorado y sepultado en su lugar, y luego acusado a un inocente por falsas sospechas, y con testigos no verdaderos haberlo llevado a la muerte, y además de ello en la severidad ciega de las leyes y de sus rectores, los cuales muchas veces, como solícitos investigadores de la verdad, con crueldades hacen probar lo falso y se llaman ministros de la justicia y de Dios cuando son ejecutores de la iniquidad y del diablo.

Después de esto, a la salvación de Aldobrandino dirigió sus pensamientos y consideró consigo mismo lo que debía hacer. Y en cuanto se levantó por la mañana, dejando al criado, cuando le pareció oportuno se fue él solo a la casa de su señora y, encontrando por acaso abierta la puerta, entró dentro y vio a su señora sentada por tierra en una salita que allí en la planta baja había; y estaba llena de llanto y de amargura; y casi se puso a llorar de compasión; y acercándose le dijo:

–Señora, no os atribuléis; vuestra paz está cerca.

La señora, al oírlo, levantó el rostro y, llorando, dijo:

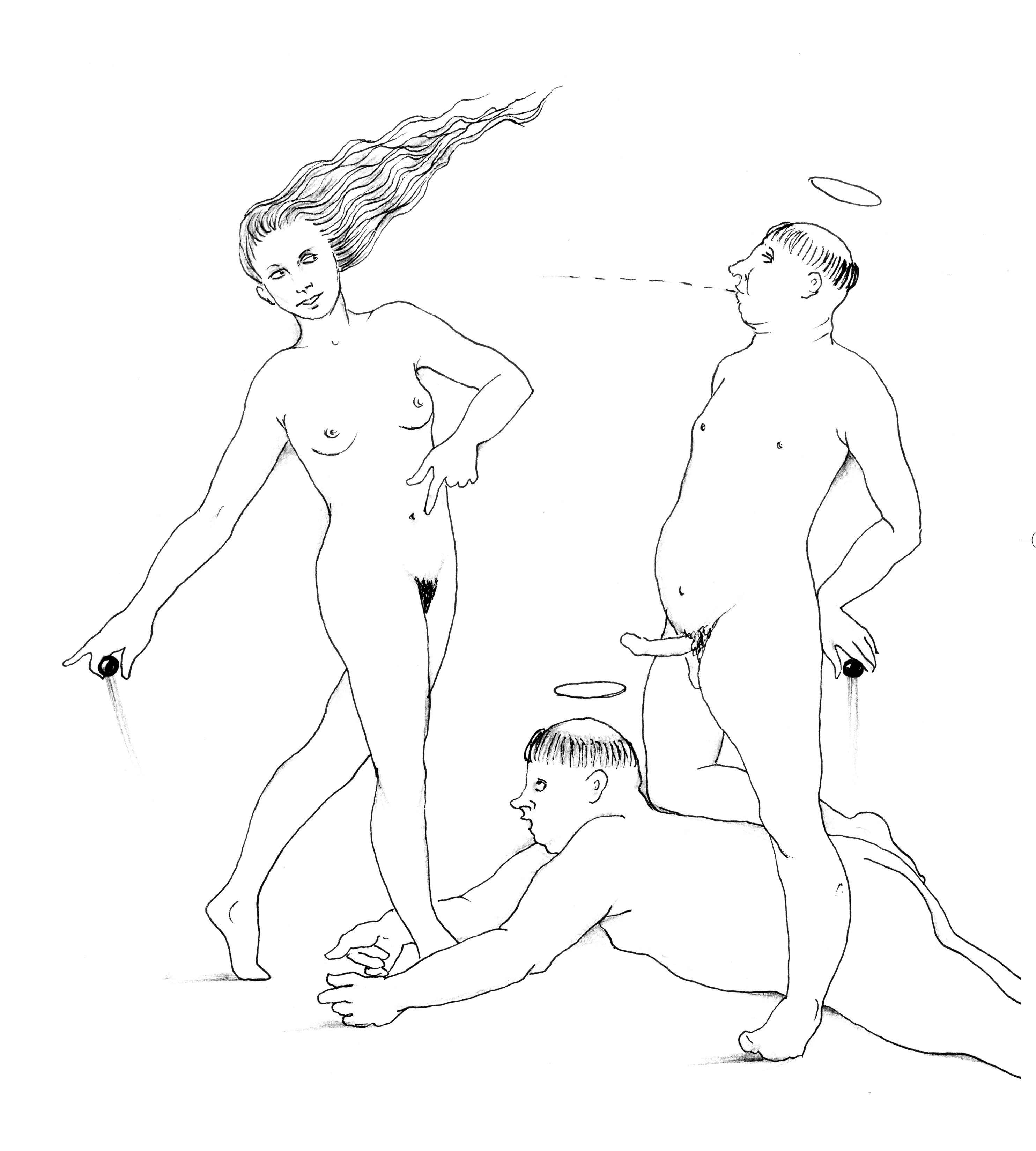
–Buen hombre, me pareces un peregrino forastero; ¿qué sabes tú de la paz ni de mi aflicción?

Repuso entonces el peregrino:

–Señora, soy de Constantinopla y poco ha he llegado aquí mandado por Dios a convertir vuestras

lágrimas en risa y a librar de la muerte a vuestro marido.
–¿Cómo –dijo la señora– si eres de Constantinopla y recién llegado aquí sabes quiénes mi marido y yo somos?
El peregrino, empezando desde el principio, toda la historia de la angustia de Aldobrandino le contó y le dijo quién era ella, cuánto tiempo hacía que estaba casada y otras muchas cosas que él muy bien sabía de sus asuntos, por lo que la señora se maravilló mucho y teniéndolo por un profeta se arrodilló a sus pies, rogándole por Dios que, si había venido a salvar a Aldobrandino que se apresurase porque el tiempo era poco. El peregrino, mostrándose como un muy santo varón, dijo:
–Señora, levantaos y no lloréis, y escuchad bien lo que voy a deciros, y guardaos de decirlo nunca a nadie. Por lo que Dios me ha revelado que la tribulación en la que estáis os ha sobrevenido por un gran pecado que cometisteis hace tiempo, que Dios ha querido que purguéis en parte con esta angustia y del que quiere que os enmendéis: si no, por ello recaeréis en una aflicción mucho mayor.
Dijo entonces la señora:
–Señor, he pecado mucho y no sé de qué Dios querrá que me enmiende entre todos, y por ello, si lo sabéis, decídmelo y haré todo cuanto pueda por enmendarlo.
–Señora –dijo entonces el peregrino–, bien sé cuál es y no voy a preguntároslo para saberlo mejor, sino para que diciéndolo vos misma tengáis más remordimiento. Pero vengamos al asunto. Decidme, ¿os acordáis de haber tenido algún amante?
La señora, al oír esto, dio un gran suspiro y se maravilló mucho, no creyendo que nadie nunca lo hubiera sabido, a no ser que desde que había sido muerto aquel que fue enterrado como Tedaldo se hubiese propalado algo por algunas palabras indiscretamente dichas por un amigo de Tedaldo, que sabía de ello; y respondió:
–Bien veo que Dios os muestra todos los secretos de los hombres, y por ello estoy dispuesta a no ocultaros los míos. Es verdad que en mi juventud amé sumamente al desventurado joven de cuya muerte se culpa a mi marido, cuya muerte tanto he llorado cuanto me duele, por lo que, por muy rígida y agreste que me mostrase con él antes de su partida, ni su partida ni su larga ausencia ni aun su desventurada muerte han podido nunca arrancármelo del corazón.
A lo que dijo el peregrino:
–Al desventurado joven que ha sido muerto no amasteis vos, sino a Tedaldo Elisei. Pero decidme, ¿cuál fue la razón por la que os enojasteis con él? ¿Os ofendió en algo?
Y la señora le respondió:
–Ciertamente que no, nunca me ofendió, pero la razón del enfado fueron las palabras de un maldito fraile con el que me confesé una vez, porque cuando le hablé del amor que a aquél tenía y de la intimidad que tenía con él, me levantó tal quebradero de cabeza que todavía me espanta, diciéndome que si no me abstenía de ello iría a dar a la boca del diablo en lo profundo de los infiernos y sería condenada al fuego eterno. De lo que me entró tal pavor que por completo me dispuse a no querer ya su intimidad; y para quitar la ocasión, ni su carta ni su embajada quise recibir; aunque creo que si hubiese perseverado más (porque por lo que presumo se fue desesperado y lo vi consumirse como hace la nieve al sol), mi dura decisión se hubiese doblegado porque un deseo mayor no tenía en el mundo.
Dijo entonces el peregrino:
–Señora, éste es el único pecado que ahora os atribula. Sé firmemente que Tedaldo no os forzó en nada; cuando os enamorasteis de él por vuestra propia voluntad lo hicisteis, agradándoos él, y cuando

vos misma quisisteis vino a vos y gozó de vuestra intimidad, en la cual con palabras y con obras tanto agrado le mostrasteis que, si primero os amaba, más de mil veces hicisteis redoblar su amor. Y si así fue, como sé que fue, ¿qué razón podía moveros a apartarlo tan rígidamente? Esas cosas debían pensarse antes de hacerse y si creyeseis que debíais arrepentiros como de algo mal hecho, no hacerlas. Tal como él se hizo vuestro, vos os hicisteis suya. Si él no hubiera sido vuestro, podríais haber hecho en todo lo que quisieseis, como dueña, pero querer arrebatarle a vos que erais suya era un robo y cosa reprobable si aquélla no era la voluntad de él. Pues debéis saber que yo soy fraile y por ello conozco todas sus costumbres; y si hablo de ellas un tanto libremente para vuestro provecho no estará mal en mí como estaría en otros; y me place hablar de ellas para que de ahora en adelante mejor los conozcáis de lo que parece que habéis hecho hasta ahora. Hubo antes frailes santísimos y hombres de valor, pero los que hoy se llaman frailes, y por ello quieren ser tenidos, nada tienen de fraile, sino la capa, y ni siquiera ésta es de fraile porque si por los fundadores de los frailes fueron elegidas delgadas y míseras y de telas groseras y manifestadoras del espíritu que había despreciado las cosas temporales cuando se envolvía el cuerpo en tan vil vestido, hoy se las hacen anchas y forradas y satinadas y de telas finísimas y les han dado forma cortesana y pontifical para no avergonzarse de pavonearse con ellos en las iglesias y en las plazas como con sus vestidos hacen los seglares; y como con el esparavel el pescador se ingenia en coger en los ríos muchos peces de una vez, así éstos, con las amplísimas fimbrias envolviéndose, a muchas santurronas, muchas viudas, a muchas otras mujeres necias y hombres se ingenian en coger debajo, y de ello se ocupan con mayor solicitud que de otro ejercicio. Y por ello, para decirlo con más verdad, no las capas de los frailes llevan éstos sino solamente el color de las capas. Y mientras los antiguos deseaban la salvación de los hombres, éstos desean las mujeres y las riquezas, y todo su empeño han puesto y ponen en asustar con palabrería y con pinturas las mentes de los necios y en enseñarles que con las limosnas se purgan los pecados y con misas, para que a aquellos que por cobardía (no por devoción) se han acogido a hacerse frailes, y para no pasar trabajos, éste les mande el pan, aquél les mande el vino, aquel otro les dé la pitanza por el alma de sus muertos. Y ciertamente es verdad que las limosnas y las oraciones purgan los pecados, pero si quienes las hacen viesen a quién las hacen o les conocieran, antes las guardarían para sí o mejor a otros tantos puercos las arrojarían. Y porque saben que cuanto menor es el número de los poseedores de una gran riqueza, a tanto más tocan, todos con charlas y con espantos se ingenian en quitarles a los demás aquello que desean para ellos solos. Reprueban a los hombres la lujuria para que, apartándose de ella los reprobados, para los reprobadores se queden las mujeres; condenan la usura y las ganancias injustas para que, siéndoles restituidas a ellos, puedan hacerse las capas más amplias, comprar obispados y las otras prelaturas mayores con aquello que han enseñado que llevaría a la condenación a quien lo tuviera. Y cuando de estas cosas y de otras muchas que causan escándalo se les reprende, con responder «Haced lo que decimos y no lo que hacemos» creen que tienen digna descarga de tanto peso grave, como si fuese más posible a las ovejas ser constantes y de hierro que a los pastores. Y cuántos son aquellos a quienes dan tal respuesta que no la entienden en el modo que la dicen, muchos lo saben. Quieren los frailes de hoy que hagáis lo que dicen, esto es que llenéis sus bolsas de dineros, les confiéis vuestros secretos, observéis castidad, perdonéis las injurias, os guardéis de hablar mal de nadie: cosas todas buenas, todas honestas, todas santas; ¿pero para qué? Para poder hacer ellos lo que, si los seglares lo hacen, no podrán hacer. ¿Quién no sabe que sin dineros la vagancia no puede durar? Si en tus gustos te gastas el dinero, el fraile no podrá haraganear en la orden; si te vas con las mujeres de alrededor les quitarás el sitio a los frailes; si no eres paciente y perdonas las injurias, el fraile no se atreverá a venir a tu casa y contaminar a tu familia. ¿Por qué sigo? Se acusan ellos mismos tantas veces como antes los oyentes se excusan de aquella manera. ¿Por qué no se quedan en casa si no creen poder ser abstinentes y santos? O si quieren dedicarse a esto, ¿por qué no siguen aquellas santas palabras del Evangelio: «Empezó Cristo a hacer y a enseñar»? Hagan esto primero y enseñen luego a los demás. He visto en mi vida galanteadores, amadores, visitantes no sólo de las mujeres seglares sino de las monjas y de aquellos que más escándalo arman desde sus púlpitos. ¿Y a los tales vamos a seguir? Quien así hace, hace lo que quiere pero Dios sabe si lo hace prudentemente. Pero aun si hubiéramos de conceder lo que el fraile que os reprendió dijo, esto es, que gravísimo pecado sea romper la fe matrimo-



nial, ¿no lo es mucho mayor robar a un hombre?, ¿no lo es mucho mayor matarlo o enviarlo al exilio rodando por el mundo? Esto lo concederá cualquiera. El tener intimidad un hombre con una mujer es un pecado natural; robarlo o matarlo o expulsarlo procede de maldad del espíritu. Que robasteis a Tedaldo ya antes os lo he demostrado, arrebatándoos a él cuando os habíais hecho suya por vuestra espontánea voluntad. Además, os digo que, por lo que a vos respecta, lo matasteis por haber hecho todo lo necesario (mostrándoos cada vez más cruel) para que se matase con sus propias manos; y quiere la ley que quien es ocasión del mal tenga la misma culpa que quien lo hace. Y que vos de su exilio y de que haya andado rodando por el mundo siete años sois la ocasión, no se puede negar. Así que mucho mayor pecado habéis cometido con cualquiera de estas tres cosas dichas que cometíais con concederle vuestra intimidad. Pero veamos, ¿es que Tedaldo mereció estas cosas? Ciertamente que no: vos misma lo habéis confesado; sin contar con que sé que más que a sí mismo os ama. Nada fue tan honrado, tan exaltado, tan magnificado como erais vos sobre cualquiera otra mujer por él, si se encontraba en parte donde honestamente y sin engendrar sospechas sobre vos podía de vos hablar. Todo su bien, todo su honor, toda su libertad en vuestras manos era puesta por él. ¿No era un noble joven?, ¿no era más apuesto que todos sus conciudadanos?, ¿no era valeroso en las cosas que son propias de los jóvenes?, ¿no era amado, tenido en aprecio, visto con agrado por todos? A nada de esto diréis que no. Entonces ¿cómo, por lo que dijese un frailecillo maniático, brutal y envidioso, pudisteis tomar contra él una resolución cruel? No sé qué error debe de ser el de las mujeres que a los hombres desprecian y estiman en poco que, pensando en lo que ellas son y en cuánta y cuál sea la nobleza dada por Dios al hombre sobre todos los demás animales, deberían gloriarse cuando son amadas por alguno y tenerle sumamente en aprecio y con toda solicitud ingeniarse en complacerlo para que de amarla nunca se apartase. Y que lo hicisteis vos, movida por las palabras de un fraile, que con certeza debía de ser algún tragasopas manducador de tortas, ya lo sabéis, y tal vez lo que él deseaba era ocupar el lugar de donde se esforzaba en echar a otro. Este pecado es aquel que la divina justicia que con justa balanza lleva a efecto todas sus operaciones, no ha querido dejar sin castigo; y así como vos sin ninguna razón os ingeniasteis en quitaros vos misma a Tedaldo, así vuestro marido sin razón ha estado y todavía está en peligro, y vos en tribulación. De la cual si deseáis ser librada, lo que os conviene prometer y, sobre todo hacer, es esto: si sucede alguna vez que Tedaldo de su largo destierro vuelva, vuestra gracia, vuestro amor y vuestra benevolencia e intimidad le devolveréis y le responderéis en aquel estado en que estaba antes de que vos tontamente creyeseis al loco fraile.

Había el peregrino terminado sus palabras cuando la señora, que atentísimamente le escuchaba porque veracísimas le parecían sus razones, y se estimaba con seguridad castigada por aquel pecado, al oírselo a él decir, dijo:

–Amigo de Dios, bastante conozco que son ciertas las cosas que decís y en gran parte conozco por vuestra enseñanza quiénes son los frailes, que hasta ahora han sido tenidos por mí como santos; y sin duda conozco que mi culpa ha sido grande en lo que hice contra Tedaldo, y si pudiera con gusto la enmendaría de la manera que me habéis dicho: pero ¿cómo puede ser? Tedaldo no podrá nunca volver: está muerto, y por ello lo que no puede hacerse no sé para qué voy a prometéroslo.

El peregrino le dijo:

–Señora, Tedaldo no está muerto, según Dios me

revela, sino que está vivo y sano y en buen estado si tuviese vuestra gracia.
Dijo entonces la señora.
–Mirad lo que decís; que yo lo he visto muerto delante de mi casa de muchas cuchilladas, y lo tuve en estos brazos y con muchas lágrimas bañé su muerto rostro, las cuales dieron ocasión de hacer que se dijese lo que deshonestamente se ha dicho.
Entonces dijo el peregrino:
–Señora, digáis lo que digáis os aseguro que Tedaldo está vivo; y si queréis prometer aquello con la intención de cumplirlo, espero que lo veáis pronto.
La señora dijo entonces:
–Lo hago y lo haré de buen grado; y nada podría suceder que me diese tanta alegría sino ver a mi marido libre y sin daño y a Tedaldo vivo.
Pareció entonces a Tedaldo tiempo de descubrirse y de consolar a la señora con más cierta esperanza de su marido, y dijo:
–Señora, para que pueda consolaros con relación a vuestro marido, un gran secreto necesito deciros, que cuidaréis de que nunca mientras viváis manifestéis a nadie.
Estaban en un lugar asaz alejado, y solos, habiendo tomado gran confianza la señora en la santidad que le parecía tener el peregrino; por lo que Tedaldo, sacando un anillo guardado por él con sumo cuidado, que la señora le había dado la última noche que había estado con ella, y mostrándoselo dijo:
–Señora, ¿conocéis esto?
En cuanto la señora lo vio lo reconoció y dijo:
–Señor, sí, yo se lo di a Tedaldo ha tiempo.
El peregrino, entonces, poniéndose en pie y prestamente quitándose de encima la esclavina y de la cabeza el capelo, y hablando en florentino, dijo:
–¿Y a mí, me conocéis?
Cuando lo vio la señora, conociendo que era Tedaldo, toda se pasmó, temiéndole como a los cuerpos muertos, si se les ve andar como vivos, se teme: y no como a Tedaldo que regresaba de Chipre fue a su encuentro a recibirlo, sino como de Tedaldo que volvía desde la tumba quiso huir temerosa. Y Tedaldo le dijo:
–Señora, no temáis, soy vuestro Tedaldo vivo y sano y nunca me he muerto ni me mataron, creáis lo que creáis mis hermanos y vos.
La señora, tranquilizada un tanto, y bajando la voz, y mirándolo más y asegurándose de que aquél era Tedaldo, llorando se le echó al cuello y lo besó, diciendo:
–Dulce Tedaldo mío, ¡seas bienvenido!
Tedaldo, besándola y abrazándola, dijo:
–Señora, no es ahora tiempo de hacernos más estrechos saludos; quiero ir a hacer que Aldobrandino os sea devuelto sano y salvo, sobre lo cual espero que antes de mañana por la noche tengáis nuevas que os agraden; que, si tengo suerte como espero, sobre su salvación quiero poder venir esta noche a dároslas con más espacio que puedo hacerlo al presente.
Y volviéndose a poner la esclavina y el sombrero, besando otra vez a la señora y confortándola con buena esperanza, se separó de ella y allá se fue donde Aldobrandino estaba en prisión, más embebido en pensamientos de temor de la inminente muerte que de esperanza de futura salud; y a guisa de consolador, con la venia de los carceleros, entró donde él estaba y sentándose junto a él, le dijo:
–Aldobrandino, soy un amigo tuyo que Dios te manda para salvarte, quien por tu inocencia ha sentido piedad de ti; y por ello, si en honor suyo quieres concederme un pequeño don que voy a pedirte, sin falta antes de que mañana sea de noche, en lugar de la sentencia de muerte que esperas, oirás absolución.
A lo que Aldobrandino repuso:

–Buen hombre, puesto que de mi salvación te preocupas, aunque no te conozco ni me acuerde de haberte visto nunca, debes ser amigo, como dices. Y en verdad el pecado por el cual se dice que debo ser condenado a muerte, nunca lo he cometido; muchos otros he hecho, que tal vez a esto me hayan conducido. Pero te digo por el temor de Dios esto: si él ahora tiene misericordia de mí, grandes cosas, no una pequeña, haría de buena gana, aunque no lo prometiese; así que lo que te plazca pide, que sin falta, si llego a escapar de ésta, lo cumpliré ciertamente.

El peregrino entonces dijo:

–Lo que quiero no es otra cosa sino que perdones a los cuatro hermanos de Tedaldo el haberte conducido a este punto, creyéndote culpable de la muerte de su hermano, y que los tengas por hermanos y por amigos si te piden perdón.

Al que Aldobrandino repuso:

–No sabes cuán dulce cosa es la venganza ni con cuánto ardor se desea sino quien recibe las ofensas; pero aun así, para que Dios de mi salvación se ocupe, de buen grado les perdonaré y ahora les perdono, y si de aquí salgo vivo y me salvo, para hacerlo seguiré el modo que te sea grato.

Esto le plugo al peregrino, y sin querer decirle más, encarecidamente le rogó que tuviese buen ánimo, que con seguridad antes de que terminase el siguiente día tendría noticia certísima de su salud. Y separándose de él se fue a la señoría y en secreto a un caballero que la gobernaba dijo así:

–Señor mío, todos sabemos de buen grado empeñarnos en hacer que la verdad de las cosas se conozca, y máximamente aquellos que tienen el puesto que vos tenéis, para que no sufran los castigos los que no han cometido el pecado y sean castigados los pecadores. Y para que ello suceda en honor vuestro y para mal de quien lo ha merecido, he venido a vos. Como sabéis, habéis procedido severamente contra Aldobrandino Palermini y parece que habéis tenido por cierto que él ha sido quien mató a Tedaldo Elisei, y vais a condenarlo, lo que segurísimamente es falso, como creo que antes de la medianoche, trayendo a vuestras manos al matador de aquel joven, os habré demostrado.

El valeroso hombre, que tenía lástima de Aldobrandino, prestó gustosamente oídos a las palabras del peregrino, y explicándole muchas cosas sobre esto, siendo su guía, cuando estaban en el primer sueño, a los dos hermanos posaderos y a su criado apresó a mansalva, y queriéndoles dar tortura para descubrir cómo había sido la cosa, no lo sufrieron sino que cada uno separadamente y luego todos juntos abiertamente confesaron haber sido quienes mataron a Tedaldo Elisei, sin reconocerlo.

Preguntados por la razón, dijeron que porque éste a la mujer de uno de ellos, no estando ellos en la posada, había molestado mucho y querido forzar a que hiciese su voluntad.

El peregrino, enterado de esto, con licencia del gentilhombre se fue y secretamente se vino a casa de la señora Ermelina, y a ella sola (habiéndose ido a dormir todos los demás de la casa) la encontró esperándole, igualmente deseosa de tener buenas noticias del marido y de reconciliarse plenamente con su Tedaldo; a la cual acercándose, con alegre gesto, dijo:

–Carísima señora mía, alégrate, que por cierto recuperarás mañana aquí sano y salvo a tu Aldobrandino.

Y para asegurarle de esto más, lo que había hecho le contó plenamente. La señora, de los dos accidentes tales y tan súbitos, esto es, de recuperar a Tedaldo vivo, al cual firmemente creía haber llorado muerto, y de ver libre de peligro a Aldobrandino, a quien se creía tener que llorar por muerto unos pocos días después, tan alegre como nunca lo estuvo nadie, afectuosamente abrazó y besó a su Tedaldo; y yéndose juntos a la cama de





buena gana firmaron graciosas y alegres paces, tomando el uno del otro deleitable gozo. Y al acercarse el día, Tedaldo, levantándose, habiendo ya explicado a la señora lo que hacer entendía y rogándole que ocultísimo lo tuviese, de nuevo en hábito de peregrino salió de casa de la señora para poder, cuando fuese el momento, ocuparse de los asuntos de Aldobrandino. La señoría, llegado el día y pareciéndole tener completa información del asunto, prestamente liberó a Aldobrandino y pocos días después a los malhechores hizo cortar la cabeza donde habían cometido el homicidio. Estando, pues, libre Aldobrandino, con gran regocijo suyo y de su mujer y de todos sus amigos y parientes, y conociendo manifiestamente que aquello había sido obra del peregrino, le condujeron a su casa por tanto tiempo cuanto le pluguiera estar en la ciudad; y allí, de hacerle honores y fiestas que no se saciaban, y especialmente la mujer, que sabía a quién se los hacía. Pero pareciéndole, luego de algunos días, tiempo de reconciliar a sus hermanos con Aldobrandino, a quienes sabía no sólo desacreditados por su absolución, sino también armados por miedo, pidió a Aldobrandino que cumpliese su promesa. Aldobrandino espontáneamente contestó que estaba dispuesto. El peregrino le hizo preparar un hermoso convite para el día siguiente, al que dijo que quería que él con sus parientes y con sus mujeres invitase a los cuatro hermanos y a sus mujeres, añadiendo que él mismo iría incontinenti a invitarles a su perdón y a su convite de su parte. Y estando Aldobrandino contento con cuanto placía al peregrino, el peregrino enseguida se fue a casa de los cuatro hermanos, y dirigiéndoles las palabras que para tal asunto se requerían, al final, con razones irrebatibles fácilmente les condujo a querer reconquistar, solicitando el perdón, la amistad de Aldobrandino, y hecho esto, a ellos y a sus mujeres a almorzar con Aldobrandino la mañana siguiente les invitó, y ellos, de buen grado, creyendo su palabra, aceptaron el convite.

Así, pues, la mañana siguiente, a la hora de comer, primeramente los cuatro hermanos de Tedaldo, tan vestidos de negro como iban, con algunos amigos suyos vinieron a casa de Aldobrandino, que les esperaba; y allí, delante de todos aquellos que para acompañarles habían sido invitados por Aldobrandino, arrojadas las armas en tierra, se pusieron en manos de Aldobrandino, pidiéndole perdón de lo que contra él habían hecho. Aldobrandino, llorando compasivamente, los recibió y besando a todos en la boca, gastando pocas palabras, todas las injurias recibidas perdonó. Después de ellos, sus hermanas y sus mujeres todas vestidas de luto vinieron, y por la señora Ermelina y las otras grandes señoras graciosamente recibidas fueron. Y habiendo sido magníficamente servidos en el convite tanto los hombres como las mujeres, no había habido en él nada más que cosas dignas de encomio, a no ser la taciturnidad por el reciente dolor que estaba representado en los vestidos oscuros de los parientes de Tedaldo (por lo cual la invención y la invitación del peregrino había sido censurada por muchos, y él se había apercibido de ello); pero como lo había decidido, venido el tiempo de disiparla, se puso en pie, todavía comiendo los demás la fruta, y dijo:

–Nada ha faltado a este convite para que fuese alegre sino Tedaldo, a quien, pues habiéndole tenido continuamente con vosotros no lo habéis conocido, quiero mostráoslo.

Y quitándose de encima la esclavina y toda la ropa de peregrino se quedó en jubón de tafetán verde, y no sin grandísima maravilla fue por todos mirado y examinado largamente antes de que alguien se atreviese a creer que era él. Lo que viendo Tedaldo, mucho les habló de sus parientes, de las cosas